

## **Audiencia 2.5.2018. PP Francisco**

Continuando con la reflexión sobre el Bautismo, hoy me gustaría detenerme en los ritos centrales, que tienen lugar en la fuente bautismal.

Consideremos primero el agua, sobre la cual se invoca el poder del Espíritu para que tenga la fuerza de regenerarse y renovarse (véase Jn 3: 5 y Tt 3: 5). El agua es la matriz de la vida y el bienestar, mientras que su falta provoca la extinción de toda fecundidad, como ocurre en el desierto; el agua, sin embargo, también puede ser una causa de muerte, cuando se sumerge en sus olas o en grandes cantidades abrumba todo; finalmente, el agua tiene la capacidad de lavarse, limpiarse y purificarse.

A partir de este simbolismo natural universalmente reconocido, la Biblia describe las intervenciones y las promesas de Dios a través del signo del agua. Sin embargo, el poder de perdonar pecados no reside en el agua misma, como explicó San Ambrosio a los recién bautizados: "Has visto agua, pero no todas las aguas curadas: sana el agua que tiene la gracia de Cristo". [...] La acción es del agua, la eficacia es del Espíritu Santo "(*De sacramentis* 1,15).

Por lo tanto, la Iglesia invoca la acción del Espíritu sobre el agua "para que los que reciben el bautismo sean sepultados con Cristo en la muerte y resuciten con él a la vida inmortal" (Rito del Bautismo de los Niños, n. ° 60). La oración de bendición dice que Dios preparó el agua "para ser un signo de Bautismo" y recuerda las principales prefiguraciones bíblicas: en las aguas de los orígenes, el Espíritu fue amontonado para convertirlos en una semilla de vida (ver Gn 1: 1-2); el agua del diluvio marcó el final del pecado y el comienzo de una nueva vida (véase Gen 7: 6-8,22); a través de las aguas del Mar Rojo, los hijos de Abraham fueron liberados de la esclavitud de Egipto (véase Ex 14: 15-31).

En relación con Jesús, recordamos el bautismo en el Jordán (véase Mt 3, 13-17), la sangre y el agua derramada desde su costado (véase Jn 18, 31-37) y el mandato a los discípulos de bautizar a todos los pueblos en nombre de la Trinidad (cf. Mt 28,19). Fortalecido por este recuerdo se le pide a Dios que inculque en el agua de la fuente la gracia de Cristo que murió y resucitó (cf. Rito del Bautismo de los niños). Y así con esta agua con el poder del Espíritu Santo, bautizamos a las personas, bautizamos a los adultos, a los niños, a todos.

Santificado el agua de la fuente, es necesario organizar el corazón para acceder al Bautismo. Esto sucede con la renuncia a Satanás y la profesión de fe, dos actos estrechamente relacionados entre sí. En la medida en que digo "no" a las sugerencias del diablo, el que divide, puedo decir "sí" a Dios que me llama a conformarme a Él en pensamientos y obras. El diablo se divide; Dios siempre une a la comunidad, las personas en un solo pueblo. No es posible adherirse a Cristo mediante condiciones de enderezamiento. Es necesario separarse de ciertos lazos para poder realmente abrazar a los demás; o estás bien con Dios o estás bien con el diablo. Esta es la razón por la cual la renuncia y el acto de fe van de la mano. Es necesario cortar los puentes, dejándolos atrás, para emprender el nuevo Camino que es Cristo.

La respuesta a las preguntas - "¿Renunciar a Satanás, todas sus obras y todas sus seducciones?" - está formulada para la primera persona del singular: "Renuncio". Y de la misma manera se profesa la fe de la Iglesia, diciendo: "Yo creo". Renuncio y creo: esta es la base del Bautismo. Es una elección responsable, que exige ser traducida en gestos concretos de confianza en Dios. El acto de fe presupone un compromiso que el Bautismo mismo ayudará a mantener perseverantemente en las diferentes situaciones y pruebas de la vida. Recordemos la antigua sabiduría de Israel: "Hijo, si te presentas para servir al Señor, prepárate para la tentación" (Sir 2: 1), es decir, preparado para la lucha. Y la presencia del Espíritu Santo nos da la fuerza para luchar bien.

Queridos hermanos y hermanas, cuando sumergimos nuestras manos en el agua bendita - al entrar a una iglesia tocamos el agua bendita - y hacemos la señal de la Cruz, pensamos con alegría y gratitud en el Bautismo que recibimos - esta agua bendita nos recuerda el Bautismo - y renovamos nuestro "Amén" - "Soy feliz" -, para vivir inmerso en el amor de la Santísima Trinidad.